

Varios fol. Lom. 18

3292-9

AYER Y HOY

ó

RECUERDOS POLÍTICOS

PARA MAÑANA

POR

P. RODRIGUEZ SANCHO

MADRID

BERNARDINO Y CAO, IMPRESORES

Platería de Martínez, núm. 1

1877

AYER Y HOY

ó

RECUERDOS POLÍTICOS

PARA MAÑANA

POR

P. RODRIGUEZ SANCHO



MADRID

BERNARDINO Y CAO, IMPRESORES

Platería de Martínez, núm. 1

1877



DEDICATORIA.

A todos los grandes y pequeños políticos que no quieren ver claro, porque los tienen miopes, por lo menos, el espíritu de partido o sus miras particulares, les dedica y recomienda la lectura de estos renglones

EL AUTOR.

Cuando el acaso ó la fatalidad nos hacen dejar el ancho camino y tomar por un sendero estrecho y tortuoso, que á cada paso se va haciendo más difícil por su maleza y precipicios, no debemos ser temerarios para seguir adelante en busca de aventuras peligrosas.

Lo lógico y prudente en tales casos, es volver atrás para tomar el buen camino, teniendo presente aquello que dice que *mudar de consejo es de sabios*.

Y es el caso que, si bien se mira, en casi todas las cuestiones de la vida hay anchos caminos y senderos escabrosos. Los primeros están trillados por aquellos que, confiando en su fuerza y valimiento, no temen que la jornada sea un poco más larga con tal de llegar á la consecucion de su bello ideal por decorosos medios que puedan justificarse en todo tiempo. Los segundos, ó sean el atajo, la trocha y el sendero, son buscados generalmente, ya por perezosos caminantes, por aventureros contrabandistas, ó bien por hombres á quienes no inspiran confianza ninguna sus dotes peculiares para llegar al puesto que ambicionan.

Y es el caso también que en política, que es lo que aquí vamos á tratar, es donde más encuentra el hombre pensador los dos caminos, el ancho y el estrecho.

Nosotros podemos decir que, aunque hemos caminado muy poco por los dos, nos son bastante conocidos uno y otro, y por lo mismo no aconsejaremos á nadie que vaya en busca de aventuras políticas, sobre todo por el sendero estrecho. Primero aconsejaríamos, á quien lo necesitare, que procurase modificar sus opiniones.

Esto en nada rebaja la dignidad del hombre, cuando el cambio es hijo de las necesidades de los tiempos, del estudio, de la experiencia ó del desengaño.

¿Quién no ha cometido errores en la vida?

¿Quién piensa á los veinte años como á los treinta?

¿Quién en la vejez es igual que en la juventud?

Los últimos años del hombre son unos fiscales ó acusadores constantes de todas las *consecuencias temerarias ó pueriles inconsecuencias*.

A fin de evitar tales remordimientos, debe el hombre, á su tiempo, ajustar cuentas consigo mismo.

Debe abjurar de sus errores si reconoce que los cometió.

Esa abjuración es tan laudable á los ojos de Dios como á los de la sociedad.

Las variantes en el modo de pensar son propias del hombre que se halla en roce constante con la civilización.

A esas variantes son debidos los adelantos y el progreso político y social de todos los países que se llaman civilizados.

¡Buena estaría la sociedad si en sus leyes y costumbres no hubiese las innovaciones que son necesarias á los tiempos!

Sin esas necesidades, la España pastoril no hubiera sido fenicia, cartaginesa, romana, goda, árabe, cristiana, ni nada de cuanto haya podido ser hasta la fecha.

Por eso hubo siempre innovadores con más ó menos aplausos de los pueblos, y los habrá.

En ciencias, en artes, en industria, en política y en todo, hay una semejanza con las cuatro estaciones del año en nuestra zona. Cada cual tiene sus exigencias peculiares y sus necesidades.

Por eso las revoluciones, los cambios políticos, no causan gran sorpresa al hombre pensador, puesto que los adivina á tiempo, como efecto infalible de aglomeradas y diferentes causas, sin dejar de conocer que son, en muchas ocasiones, preci-

sos, ineludibles, á fin de remover los obstáculos que puedan oponerse al perfeccionamiento general de la sociedad, con arreglo á las exigencias y necesidades de los tiempos.

Pero esto no quiere decir que, á cada semana ni á cada año, necesite la sociedad, para su perfeccionamiento, ni reformas, ni cambios políticos, ni revoluciones. Todo ménos eso; de este modo, en vez de mejorarse nuestras condiciones sociales, vendríamos á parar, si no al caos, al más alto grado de una abyección tan repugnante como estúpida é intolerable.

Están, pues, en un error los que creen que tales ó cuales parcialidades políticas pueden hacer grandes revoluciones ni introducir grandes reformas en un país. Las unas y las otras son sólo hijas de las necesidades de los tiempos, y las inicia generalmente el siglo que va pasando, para realizarlas más tarde el otro que va detrás. Esto es lo que enseña, al ménos, la historia de todos los países.

Es en vano, por lo tanto, que nadie quiera precipitar con su impaciencia la marcha de los siglos ni de los sucesos; es imposible de todo punto. Ellos pasarán, ya lenta ó rápidamente, dejando por herencia en su carrera, ya dones ó desdichas, según cuadre.

Y ya que de sucesos y revoluciones venimos hablando en este exordio, no es extraño que venga á nuestra mente un recuerdo revolucionario, el recuerdo de Setiembre del 68, punto de partida en este libro.

Y somos francos. Aunque iniciada aquella revolucion por ciertas parcialidades políticas, no hemos de tiranizarla en modo alguno, puesto que el país no vaciló en aporhijarla, por de pronto, siquiera en gracia de algunas ventajas prometidas.

Pero el país tocó al punto el desengaño, y fué, seguramente, cuando vió que la revolucion habia ido más léjos de lo conveniente; cuando vió un pacto de conciliación roto por los tres partidos revolucionarios que le habian formado; cuando vió las ambiciones de los unos, la marcha incierta y vacilante de los otros; cuando vió un solo hombre disponiendo del Parlamento y mendigando en el extranjero un príncipe de segundo orden para el trono de España, para ese sólio sostenido con teson por los reyes de Castilla, engrandecido y poderoso por los de Austria, liberalizado y magnánimo como ninguno por Isabel II.

Y en tal estado la escena política, por entónces se llamaban setembristas á todos los que en ella aplaudian ó representaban algun papel.

Y tras de aquellos actores se agitaron como un inmenso torbellino todas las pasiones políticas del país.

Las sociales oscilaron tambien de una manera peligrosa.

La saña de los partidos, unos contra otros, era implacable.

El carro de la revolucion iba tan impetuoso, que amenazaba pasar hasta por encima, no sólo de las gentes pacíficas, sino de los mismos revolucionarios.

Por fin se detuvo un poco, merced á 191 votos, y hubo una tregua con la monarquía de Amadeo de Saboya. Pero esta tregua fué la del volcan que parece extinguirse para volver despues é inundar con lava sus contornos.

Y dijeron sin duda los carlistas:

—¡Propicia es la ocasion! Vamos en son de guerra á los campos del Norte y de Navarra á defender nuestros principios. ¿Qué importa que sean rancios ni que el país los rechace por ilegales con ardor? Ya se los impondremos por las leyes de la fuerza, si es que nos ayuda la fortuna.

Y la guerra devastaba los campos vascongados, catalanes y navarros, sin siquiera con apariencias de apagarse.

Y el gran Castelar, el eminente tribuno, el Ciceron de la oratoria española, el de las brillantes galas en el habla castellana, era natural que á través de aquel cuadro (entre sueños poéticos y candorosos) viese revolotear sobre su cabeza un ángel de doradas alas que cariñoso le dijera estas palabras:

—¡Despierta, gran tribuno!.. ¡Cumple tu destino! Tuyo es el porvenir... Corre á realizar tu bello ideal, y que tu virgen Democracia te sirva de egida y protectora.

Y natural era tambien que este florido gigante del Parlamento reuniese á sus amigos para decirles, henchido de entusiasmo y buena fé, en su peculiar y conmovedor lenguaje:

—Sí, señores; en el reló del tiempo ha sonado la hora de la re-dencion política y social de España por la jóven Democracia, eterna enemiga de los privilegios. Es indispensable *pasar el Rubicon*, no como aquel conquistador ambicioso de las Galias para ir sobre Roma en busca del Imperio, sino para que España, este país clásico de la hidalguía, azotado y escarnecido por

el látigo del feudalismo odioso, olvide los dolores del pasado y goce las delicias y el bienestar con que nuestro credo político le brinda. No hacen falta ejércitos permanentes, ni quintas, ni fronteras. El hombre es cosmopolita, es autónomo; sus derechos son ilegislables; su patria es el esferoide todo del planeta en que habitamos. No es preciso que el pueblo busque, como en Roma, un Aventino; basta con ordenar á los clubs que, en un momento dado, ejerzan alguna presion sobre el Parlamento; basta con que uno de vosotros, el que sea más animoso y esforzado, diga á las masas: *que no saldremos con vida de la Representacion nacional, si no nos acompaña la República.*

¡Y se cumplió la profecía!

Y el último ministerio del duque de Aosta, con su gran mayoría en el Parlamento, tuvo un momento de estupor, de pánico, de inocencia, de bondad (ó lo que quiera llamarse), el cual aprovechó con destreza la minoría republicana para subir los peladanos del poder.

Y las vanguardias ministeriales del jefe de la Democracia (ó sean esos ministerios fugaces llamados de estudio ó de transicion) se devoraron bien pronto las unas á las otras durante las primeras etapas democráticas ó republicanas.

Y cuando ya el carro republicano se habia torcido por las ambiciones de los unos, los desaciertos de los otros y las pretensiones exageradas y ridículas de los más fervientes, recoge aquella triste herencia el hombre más sábio y sencillo del partido, la gloria del Parlamento, D. Emilio Castelar.

Seguros estamos que la recogió con sentimiento, porque los hombres de su valía y de su modo de ser, saben que su gloria está en el foro y la tribuna, y su purgatorio, ó su infierno, en una cartera ó despacho de ministro.

No es, pues, del caso referir aquí cuánto debió sufrir entónces el espíritu del hombre eminente al verse atado al potro de un arte tan escabroso como es el arte de gobernar, tanto más en aquellas circunstancias difíciles, azarosas y extraordinarias.

Un dia llegará en que el Sr. Castelar quizá lo confiese sin rebozo.

Es casi seguro que la imaginacion poética del eminente tribuno debió ver más de una vez, entre la gran polvareda que iba levantando el cuarto estado, las sombras de Danton, Marat

y Robespierre, salpicadas de sangre, señalándole con el índice el camino del martirio.

Y debió temblar el Sr. Castelar, no por él (á quien el valor no falta), sino por ver el estado del país, de su querida España.

Y con una abnegacion que le honrará siempre á los ojos de la Historia, al ver la patria en peligro, no vaciló en llamar á su lado cuantos elementos de orden pudieran contribuir á la salvacion del país, aunque para esto sufriese una modificacion el credo republicano y él perdiera su prestigio entre los suyos como hombre de gobierno.

Y comprendió que en España, así como en la mayor parte de las naciones de Europa, no hay poder humano que pueda gobernar sin ejército, sin Guardia civil y sin vigilantes de orden público, cuando se trata de una extensa poblacion.

Por eso, sin duda, el Sr. Castelar apeló á las quintas; por eso elogió la fuerza militar armada, y admitió más tarde en sus discursos hasta los carabineros de costas y fronteras. Por eso debió decir: *¡Sálvese la patria, aunque la República perezca por ahora!*

Tal rasgo de hidalguía, de nobleza y patriotismo, es otro de tantos títulos de gloria que brillan en la frente del gran tribuno, á quien admiramos con entusiasmo por la brillantez con que expone sus teorías, y nos dolió un día verle anonadado y confundido en el terreno práctico.

Y al llegar aquí no podemos ménos de recordar eso que se dice vulgarmente de la *Pena de Talion*, ó aquello de *el que á hierro mata...* porque el 3 de Enero del '74 nos lo trae sin duda á la memoria. Los acontecimientos que en política ocurrieron aquel día en la Representacion nacional, los reasumimos nosotros en estas palabras: *Golpe por golpe; sorpresa por sorpresa; ojo por ojo y diente por diente.*

Adivine el lector, si gusta, los *golpes* ó *las sorpresas* de que hablamos, en tanto que mandamos un saludo cariñoso al valiente y desinteresado general que en 3 de Enero del '74 supo de un soplo apagar la flamígera tea de la revolucion.

El caso es que cambió la decoracion, y que el Gobierno republicano dió sus últimos suspiros por entónces, rindiéndose á poco tambien los cantonales de Cartagena.

Despues de estas jornadas, se dejó sentir el orden, aun con

los elementos diversos que compusieron el poder, por medio de una fusion violenta y transitoria, hija de aquella actualidad.

Casi todos los partidos políticos tuvieron representacion en la cosa pública, sin que pudiera quedar descontento el unitario, á quien se obsequió con un ministerio de la más alta importancia, á fin de que formase parte, sin duda, de aquella trinidad ministerial tan sublime, que andaba á la greña á cada paso.

Pero todo aquello no podia ménos de ser lo que fué: pura transicion, para dar lugar á una política más definida, más clara, más homogénea y conservadora, aunque no nueva.

Porque claro está que los señores duque de la Torre y Sagasta no podian, de modo alguno, llevar al poder otra política que la liberal conservadora que habian sustentado desde el famoso Setiembre, con aplausos y parabienes de todas las personas amantes del orden y de la tranquilidad.

Y nosotros, que de ingénuos nos preciamos, somos los primeros en confesar que rendíamos culto á la política aquella de los Sres. Sagasta y Serrano, porque á través veíamos brillar el faro que nos servia de guia durante una revolucion que, á cada paso, se hallaba con infinitos contratiempos ó desdichas.

Y merced al faro aquel que vislumbrábamos entónces, que era la monarquía de hoy, creemos firmemente haber salvado una inmensidad de precipicios y de escollos. Hé aquí por qué no hemos de ser ingratos jamás con los dignos representantes de aquella política, ni con nadie, siempre que veamos á todo el mundo ir, sin condiciones ni reticencias, por el camino de la existente legalidad, en busca del progreso, libertad, orden y justicia.

Y estamos segurísimos que por su historia; por las raras circunstancias que han pasado; por el carácter que los distingue; por lo que la experiencia enseña; por la situacion en que se hallan colocados, no sólo los distinguidos é importantes personajes arriba mencionados, sino otros muchos de sus amigos y correligionarios, podrán pensar en todo ménos en dejar de pertenecer al gran partido liberal conservador, dentro de la monarquía del rey Alfonso XII.

Quizá nos equivoquemos; pero por hoy nadie nos puede arrebatar esta creencia. Con respecto á mañana, Dios dirá.

Ínútil nos parece, por lo tanto, que otra cosa esperen de los

unos y de los otros ciertos hombres inquietos é impacientes que, perteneciendo á partidos extremos, van buscando á cualquier precio una política acomodaticia á sus pretensiones, arimándose al sol que más calienta.

Pierden un tiempo que para otra cosa les puede ser precioso. Nosotros se lo decimos. No queda más que un camino; el que hemos indicado más arriba. Y les queda (si ese no agrada), un sendero estrecho y largo llamado de la *Esperanza* ó del *Deseo*, ó bien aquello que dice Camprodon en *Flor de un día*:

«¡Desear y esperar!.. Esta es la herencia
Que nuestros padres al nacer nos legan,
Y nutrir de ilusiones la existencia...
¡Que nunca, acaso, á realizarse llegan!»

Hemos tratado del *Ayer* á grandes rasgos, procurando huir en lo posible de alusiones personales, ajenas á nuestra idea é impropias de esté libreto.

Y entiéndase esto bien. El *Ayer* es, como si dijéramos, la Revolución con todos sus adherentes; el *Hoy* es la Restauración con todas sus palpables consecuencias, liberales, pacíficas, conciliadoras y progresivas.

De ésta vamos á tratar, de la Restauración.

¿Veis la fruta del árbol, cuando está madura, venir al centro de gravedad al más leve empuje que le imprime el viento?

Así puede decirse que subió al trono, con el aplauso unánime de toda España, S. M. el rey Alfonso XII. ¡Ni siquiera fué necesaria una *como aquella de Alcolea*!

Ni podemos ni debemos discutir sobre el monarca; pero podemos hablar de los ministros, sus consejeros responsables.

—¡Dos años en el poder!..—exclaman las oposiciones asombradas de que un hombre de gobierno se sostenga al frente de un Gabinete tanto tiempo.

Tal asombro es natural, cuando en seis años revolucionarios se nombraba un ministerio cada lunes; pero esto sucedía *Ayer*, cuando andaban *los unos* de por medio; mas *Hoy* andan *los otros*, y hé aquí que en las oposiciones, aguijoneadas por la impaciencia, no es preter-natural la admiración.

Y quién sabe si habrá algún inconsciente que pregunte: «¿Quién es D. Antonio Cánovas?»

Nosotros se lo diremos con franqueza, en toda clase de tonos, porque ni nos duelen prendas ni de nadie esperamos nada más que de nosotros mismos.

Para nosotros, el Sr. Cánovas del Castillo es un hombre de quien no tenemos favores que agradecer ni faltas que perdonar, por más que en sus altas ocupaciones no haya podido ó querido fijar su atención en algunas de nuestras modestas pretensiones. De manera que, á ser nosotros tan susceptibles como la mayoría de las gentes, quizá un pueril resentimiento no dejase correr nuestra pluma ni en pró ni en contra de la personalidad del Sr. Cánovas, dignísimo presidente del Consejo de ministros.

Pero no; no somos tan menguados que por una simple rencilla personal, que nada vale, dejemos de hacer justicia á todo aquel que la merece.

Es, pues, el Sr. Cánovas, como político, para nosotros y para todo hombre imparcial, un eminente hombre de Estado, quizá de los primeros con que hoy cuenta la monarquía del rey don Alfonso XII, por más que los hay también de gran importancia muy cercanos al Sr. Cánovas.

Es quien ha vencido al Goliath del Parlamento español, no con la simple piedra de David, sino con una lógica brillante, razonada, inflexible y contundente. El es quien ha triturado, bajo el peso de sus discursos, aquella oratoria sublime del gran tribuno democrático que parecía invencible.

Por eso ya se dice con frecuencia entre las gentes:

«Si calla D. Emilio, es porque habla D. Antonio.»

Es quien, con sus compañeros de Gabinete, sus generales adictos, y el país que ha respondido á sus deseos, ha terminado una guerra que afrentaba á España hacía tres años.

Es quien ha restablecido un tanto la moralidad en todas las clases sociales.

El ha sido, con sus ministros de Hacienda, quien ha hecho grandes milagros, atendiendo con pocos recursos, en circunstancias azarosas, á las necesidades más perentorias del Estado.

Es quien ha sabido elevar nuestro crédito á gran altura con todas las potencias extranjeras.

Formulan, sin embargo de esto, las oposiciones algunas que-

jas contra la política del Sr. Cánovas como presidente del Consejo.

Estas quejas se reducen á cuatro, sobre poco más ó menos, segun lo que de la prensa se desprende.

1.º La manera con que ha sido tratada la cuestion llamada de *libertad religiosa*.

2.º La de enseñanza.

3.º La suspension de garantías.

4.º La organizacion reciente de la alta Cámara de senadores.

Pues bien: miradas estas cuestiones por el prisma que es peculiar á toda oposicion y á toda parcialidad política, contrarias al poder, parecen naturales y justas estas quejas; pero miradas bajo el punto de vista de la más estricta independencia é imparcialidad, son de todo punto tan infundados como injustos tales cargos.

O si no, veamos.

Vino la Restauracion incondicionalmente, porque así le plugo al destino.

El partido liberal conservador, simbolizado en su jefe el señor Cánovas, recogió la herencia revolucionaria y se encontró de frente con los abusos que son consiguientes á una revolucion.

¿Habia de permanecer el partido liberal conservador con los brazos cruzados ante un estado que no podia ni debia amoldarse á los principios del Gobierno? ¿No se habia de poner un correctivo donde la prudencia lo creyera necesario? Roma, con sus eternos principios, ¿no habia de reclamar un dia y otro de la nueva monarquía española la moderacion que le es propia en la cuestion de cultos?

Y siendo católico el monarca, católico el Gobierno, católica casi toda la nacion, ¿no habia de sacar la mejor parte el catolicismo, puesto en el terreno de la discusion, en lucha con ortodoxos principios? Esto era tan lógico como natural.

Harto hizo el Gobierno; liberal fué el Sr. Cánovas coadyuvando para dejar en libertad la práctica interna de otros cultos y reglamentándolos sólo en sus manifestaciones exteriores. Pedir otra cosa las oposiciones, es olvidarse que han cambiado las circunstancias, que son los tiempos diferentes y que el Gobierno,

aunque es liberal, es tambien reglamentario, por lo mismo que es conservador.

¿Y la libertad de enseñanza? Poco vamos á hablar de esta reforma, que no parece haber satisfecho á las oposiciones y á nosotros nos perjudicó de una manera lamentable.

O era ó no necesaria esa reforma. Si no lo era, ¿por qué todos los claústros universitarios la pidieron al punto á voz en grito? Nosotros, aunque perjudicados con ella, confesamos ingénuamente que fué hecha con justicia esa reforma. Cúlpense á los abusos cometidos á la sombra de esa libertad mal entendida.

¿Y la suspension de garantías individuales? Tambien se justifica fácilmente. Basta sólo echar una mirada retrospectiva á los diferentes elementos que, de muy atrás, venian combatiendo la nave del Estado y produciendo una soberbia mar de fondo, por lo que era preciso recoger velas, á fin de salvar el buque de un naufragio hasta que pudiera, como hoy, volver á vogar con todo su velámen y aparejos.

Y con respecto al Senado (última etapa del Gobierno, segun las oposiciones que solicitan el poder, cada cual á su manera), baste decir que en él están dignamente representadas todas las clases sociales del país y que es la obra lógica y natural del gran partido liberal conservador, llamado, por ahora, á cicatrizar las heridas que causaron á la patria unos cuantos años de ensayos, de disturbios y de guerras.

Nos hemos extendido entre cargos y descargos al Excmo. señor presidente del Consejo de ministros, y aún nos falta un poco de la data, á fin de acentuar un tanto más estos *Recuerdos para mañana*.

Es tambien el Sr. Cánovas quien dice al soberano (secundando los deseos de éste):

—Sí, señor; vaya V. M. á las provincias á visitar las grandes exposiciones de la industria y el comercio; coloque V. M. por su mano premios de distincion, así en la modesta chaqueta del artesano como en la levita del caballero, para dar impulso, con ese estímulo, á las ciencias, á las artes, á la industria y al comercio, fuentes de nuestra riqueza nacional, *un poco secas* por los azares y circunstancias que ha pasado este país.

Y el soberano, ese gran monarca que aún no cuenta veinte años, alentado por su espíritu infatigable y por su consejero el

Sr. Cánovas, parece multiplicarse para ir á todas partes á difundir el progreso y á demostrar que más hace el hombre que quiere que el que puede.

Por eso, en alas de su genio, le vemos ser:

Guerrero entre los desfiladeros de Navarra.

Marino á bordo de su flota.

Doctor en las universidades.

Y político entre sus ministros.

Por eso le vemos conquistar en todas partes simpatías, triunfos y parabienes, como no tuvo, á su edad, monarca alguno.

Esta es la Restauracion, este el soberano que la representa.

Y tal es tambien el Sr. Cánovas, con su política noble, atractiva, liberal, conservadora, á la cual es debida su permanencia en el poder más de dos años.

Un día llegará en que se retire del poder el Sr. Cánovas, porque todo en la vida es deleznable. No vacilamos en asegurar que entónces, no sólo el país, que ya conoce su valía, sino las mismas oposiciones, que hoy piden su relevo, han de reconocer las brillantísimas cualidades de tan distinguido y eminente hombre de Estado.

Y tengan todos muy presente lo que vamos á decir en conclusion. Por el ancho camino de la monarquía constitucional, ilustrada, equitativa y liberal que, con su Gobierno, ha emprendido el soberano, no es difícil llegar en España á realizar el bello ideal de los pueblos cultos. Siguiendo la senda escabrosa de la *impaciencia* y la *temeridad*, tambien se suele llegar pronto, pero es al dominio de las dictaduras, ó á que los *ciegos* enseñen el camino á todos los que tenemos buena vista.

Hemos hablado de AYER Y HOY á grandes rasgos en estos RECUERDOS POLÍTICOS PARA MAÑANA. Es muy natural que tengan sus defectos, pero tienen la ventaja de ser históricos, y la Historia enseña.

P. RODRIGUEZ SANCHEZ.

